

# LOS VERSOS DE CORDELIA

XIX PREMIO DE POESÍA CIUDAD DE SALAMANCA

Un jurado presidido por Antonio Colinas Lobato e integrado por Asunción Escribano Hernández, Fermín Herrero Redondo, Juan Antonio González Iglesias, César Antonio Molina Sánchez, José Luis Puerto y Jesús Egidio Salazar, con Almudena Jiménez Manzanas como secretaria, otorgó por unanimidad al libro *La sed del río*, de Amalia Iglesias Serna, el XIX Premio de Poesía Ciudad de Salamanca.



29  
LOS VERSOS DE CORDELIA

# La Sed del Río



Primera edición en LOS VERSOS DE CORDELIA, noviembre de 2016

Edita: Reino de Cordelia

Alberto Alcocer, 46 - 3º B

28016 Madrid

www.reinodcordelia.es

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

© Amalia Iglesias Serna, 2016

Cubierta: Detalle de *Casa en la Provenza*, de Paul Cezanne



Este Premio de Poesía ha sido convocado  
y organizado por la Fundación Salamanca  
Ciudad de Cultura y Saberes  
del Ayuntamiento de Salamanca

IBIC: DCF

ISBN: 978-84-16968-01-5

Depósito legal: M-38302-2016

*Diseño y maquetación:* Jesús Egido

*Corrección de pruebas:* Pepa Rebollo

Imprime: Gráficas Zamart

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública  
o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización  
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra  
([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

# La Sed del Río

Amalia Iglesias Serna



# Índice

Del río, la sed	15
Poética de los cuatro elementos	19
Nidos de luz	21
Renacuajos	23
Niña mirando en sueños hacia el fondo de un pozo	25
Decir una guerra	29
Cuando el Rubagón era un bazar (Pedazos de otras vidas)	33
Angioplastia	37
Ritual de violetas	39
Flores salvajes	41
Deriva de la niebla	43
Azul piedralipe	45
Mi madre me explica para qué usaban piedralipe	47
Barbecho	49
A salvo en las colinas	51

Marina sin mar	53
A la deriva	55
Trilobites	57
Pizarrines	59
Los argumentos del pintor	61
Edad	63
Avaricia de tiempo	65
¿Cuánta tierra necesita un hombre?	67
Tierra de nadie	71
Día de pesca	73
Crecida	75
Bajo los puentes	77
Retrato de madre con sombrero	79
Entre las hojas de los olmos	81
5 veces nieve	83
Las huellas de los osos	85
Lexía de pájaro	87
Cambio climático	89
Bucólicas	91
La sed del río	97

A mi madre, que todavía lo verá.

A mi padre, por si lo viera.

A mis hermanos, por preservar el lugar de la memoria.

A las nuevas generaciones de la familia  
por haber sabido hacerlo suyo.



Sale el sol, y se pone el sol, y se apresura a volver  
al lugar de donde se levanta... Los ríos todos van al mar,  
y el mar no se llena, al lugar de donde los ríos vinieron,  
allí vuelven para correr de nuevo...

*ECLESIASTÉS*

## Del río, la sed

EL RÍO te atraviesa  
y vuelve muchas veces,  
arrastra un surco que percute en tus venas  
y nunca olvida su inquietud.

Su paso lento en la oscuridad  
fue suficiente para saber que estabas,  
su silencio iba a explicarse en el nido del aire  
y las pisadas de los grillos precoces.

El mismo que sedimenta tu memoria,  
y deja un rastro de tiempo cuando pasa,

mece su placenta sin prisa,  
canta una nana de lluvia y sombra para llenar nuestras manos,  
traza laberintos de prolongar la sed y avivar el deseo.

El agua que atraviesa tu rostro muchas veces,  
y no refleja solo tu rostro en el espejo.



A VECES hace frío en los relojes  
y los nudos de la duda  
llegan hasta el alba.

A veces, solo a veces, todavía,  
hay afluentes que fermentan  
para volver a nombrarte.

Los versos que cosechabas en sueños  
trenzaban planetas solitarios,  
grumos esquivos.  
En sus huertos cerrados  
germinan las llaves  
del mar que desconozco.

A veces viene el río  
con su sed de remover raíces  
y con su sed de nubes  
que aún no han pasado.

# Poética de los cuatro elementos

NO DESCRIBIR el fuego  
sino hacer  
que arda en el poema.

No decir el agua  
sino saciar la sed  
en cada verso del poema.

No definir el aire  
sino sentir el aliento  
que alguien respira en el poema.

No descifrar la tierra  
sino enterrarse  
y brotar en el poema.

## Nidos de luz

LAS SOMBRAS de noviembre  
desnudan amapolas en la nieve,  
trenzan nidos de luz para acunar los días venideros,  
brillan en nuestros poros  
los nombres deshabitados del futuro  
para que tú y yo podamos escribirlo a ciegas.

Lejos de la ansiedad que oxida las arterias,  
un balbuceo de luciérnaga encendida,  
un breve roce al vuelo de inquietud  
para que el horizonte pueda empezar a querernos,  
para viajar a las sílabas de la sangre  
donde el azar fermenta sus raíces  
nos deshojamos poco a poco con vocación de otoño.

Para sembrarnos a pedazos de este cielo entregado  
abrimos puertas al aire donde la noche no adelgaza,  
abrimos manantiales y rompeolas  
para que el corazón no cunda en el barbecho.

Vivimos una sed de palabras no aprendidas,  
cada verso es un pretexto para guardar el calor de nuestras manos,  
para saciar tus pasos y los míos perdidos en mitad del aguacero,  
sin vértigo en los tendones del viento nuestro abrazo,  
cuando tus sueños hacen cosquillas en mi rostro  
y siembran en mis ojos la luz que no envejece.

En algún lugar pedazos de tiempo destilan nuestros nombres.  
Escribo despacio el verso que me habrá de olvidar.  
Siembro palabras para que germinen nuevas cuando escampe:  
Belvedere, nido, tentación de horizonte.



# Renacuajos

AL FONDO de aquel charco  
duermen los renacuajos de la infancia  
que nunca llegarán a tener  
apariencia de rana en tu memoria.  
En el agua detenida se suceden las horas,  
turbias constelaciones, en su vaivén de luz y oscuridad,  
células, semillas,  
sílabas para zurcir un universo.

Tus ojos fijamente sumergidos  
esperan el milagro del agua,  
acechan el instante de la metamorfosis  
sin saber que están velando  
el vértigo plegado del origen.

# Niña mirando en sueños hacia el fondo de un pozo

El hondo pozo bien lo sabe.

HOFMANNSTHAL

EL POZO está lleno de sombras.  
De madrugada deslumbra el corazón  
en su fiesta de ruiseñores y taladros.  
La montaña es un gran hipopótamo  
dormido en tu fiebre.

Los pasillos del agua  
guardan tejados de seda  
y luz filtrada de matriz.  
En la escarcha bebes un jarabe de humo  
y música amenizada por nadadores y meteoritos.

Tus brazos de niña, en el abismo de la orilla,  
acarician los mares que suben de lo oscuro.

Podía ser enero en la hendidura,  
en el pozo se amontonan muchas lunas recientes.  
Mañana no hay colegio  
porque la nieve esconde los caminos  
y los neveros se han llenado  
de vagabundos congelados.

Paletadas de luz dormida en el ojo del cíclope.  
Toda la nieve reposa en blanco  
y existe porque existen tus pupilas azules,  
los ojos que descifran  
el eco infantil  
reverberando múltiple y lejano.

El abuelo sostiene la plomada,  
mide el claro del bosque,  
entre sus ramas duerme una ciudad en guerra,  
campos de minas y alegres milicianos  
y restos de templarios junto a las trincheras,  
montes morados de arándanos y amarillos de árnica.

Historia abajo,  
tu voz resuena en la humedad de las paredes,  
rosas de fuego invaden tu almohada,  
escaleras y escarabajos de colores.  
Entre las ortigas jugamos a soldados  
como si el mundo fuera diminuta batalla en la arena.

En su cauce de carbón atracan los juguetes,  
se ahogan las truchas con objetos sin nombre,  
adornamos sus escamas de amapolas y laurel  
y sus bocas con pistilos, con estambres,  
con cangrejos,  
antes de darles la tierra prometida.

En el pozo la arcilla que modela la sombra,  
el sueño que sube por las trenzas  
de aquella niña antigua  
y todas sus edades.

## Decir una guerra

NO SE OXIDAN las latas de conserva  
en los gabanes de los soldados muertos.

Alguien escondido en la despensa  
rationa el azúcar a los niños,  
sigue encendida la hoguera donde arden las cosas de la casa.

Apenas quedan pedazos memorables,  
sus labios dicen palabras como estraperlo,  
pólvora, racionamiento, maquis, milicianos.

Las trincheras casi intactas más arriba del monte,  
círculos de piedra sobre piedra,

parecen restos de crómlech o improvisadas cabañas infantiles  
y más lejos un campo de regaliz, retamas, manzanillas  
y grandes serpientes plegadas como una bola,  
uróboros deslizándose por las linderas.

Escondidos en la cueva,  
escucharon durante horas aullar al perro sobre una tumba.  
La figura del santo atravesaba los pastizales  
para cambiar de bando cada noche.  
En El Dueso un hombre con los dedos mutilados  
gritó su nombre para llevarlo a fusilar,  
pero los presos dijeron que ya no estaba.

Muchos años después  
quedaban leyendas de tesoros abandonados en la huida,  
polvorines enterrados en lugares secretos,  
casas en ruinas, y campos de cultivo regados de metralla.

Alguien sembró patatas a oscuras en un rincón del huerto,  
alguien las desenterró pocas horas después.  
A escondidas robaban el arroz a las gallinas.

El pan era muy negro.  
Se alimentaba de cortezas de naranja.  
Cómo perdura el hambre en la memoria.

## Cuando el Rubagón era un bazar (Pedazos de otras vidas)

ENTONCES YA NO ERA el río rojo de los celtas,  
ni el de los romanos cruzando al otro lado,  
*alea iacta est.*

Entonces solo un cauce de lavar carbón,  
y los pies infantiles tiznados de hulla.

En primavera el deshielo, la crecida,  
y en sus orillas negras brotaban sedimentos de colores,  
pequeños tesoros, cachivaches,  
abalorios en la corriente.

En el margen, cabezas de muñecas risueñas,  
torsos mutilados, brazos entre las ramas,



cabellos de medusa con ojos azules.

A veces podíamos reconstruir un cuerpo entero.

Un zapato flotante, un coche de pedales,  
una flauta con el sonido lleno de barro,  
indios de plástico, soldados de plástico,  
unas maracas sordas de agua,  
un silbato enroscado en un colador,  
tambores desfondados y sombreros de paja.

Moldes de plastilina con figuras de carbón,  
una bota llena de canicas,  
un caballo de madera sin orejas,  
media bola de cristal sin paisaje de nieve,  
un manojo de claveles de plástico,  
un crucifijo de madera con la huella del crucificado,  
media bicicleta, un maniquí, un espejo de mano sin azogue.

Ruedas de coches y cochecitos sin ruedas,  
un oso de peluche mojado,  
una máquina de escribir con pocas letras,

muchos cepillos de dientes, bombillas de colores, media silla,  
bolas de navidad, chupetes, un balón de reglamento despintado,  
un sonajero de cuatro bolas, un casco amarillo, un tonel, un grifo,  
un gato de porcelana, un trofeo de mus, monturas de gafas y llaveros.

Una polaroid, el caparazón de un centollo, una armónica ahogada,  
un cinturón de tachuelas, una corona fúnebre, una pistola de agua,  
muchas latas de conserva con su llave enroscada en el filo,  
botellas de todos los tamaños, una espada de madera,  
una muleta, una pipa mordida, un tricornio,  
un peine con pocas púas, una dentadura con siete dientes,  
relojes sin manecillas, una pandereta,  
una perdiz disecada, una virgen fosforescente,  
un marco de fotos oxidado, una rosa del desierto,  
un muñeco articulado de madera, lápices de colores mordidos.

Picaportes, un cenicero con la Giralda,  
muchas bolsas de plástico,  
una bola del mundo con dos continentes borrados,  
brochas secas, flotadores sin aire,  
una brújula sin norte ni sur, un yo-yo sin cordón,

latas de refrescos, cucharas, una jaula vacía,  
una chapa de latón con una calavera  
y unas pocas palabras «Peligro de muerte»...

Heráclito no estaba para cruzar aquel río,  
ni quedaba inquietud de atravesar su cauce.  
Su memoria reposa hace mucho en el mar.